

cho del mismo, que llevaba á los arquitectos á seguir considerando todos los monumentos de la Edad media, incluso las catedrales góticas, como obras bárbaras. A esto se debe el que la Edad media por su arquitectura reconquistase y conservase la admiración que merecía (1). Pero lo que con preferencia se cantaba entonces, en los salones de París y de provincias, eran romanzas sueltas ó arias sacadas de óperas cuyos verdaderos títulos no tienen nada de mitológico ni de popular, *Ariodant, Sargines, Rolando*, llenas todas de caballerías, penachos y escudos, violas y laúdes. Conócense aún, á lo menos por sus primeras frases: *En marcha para Siria, Un joven trovador que canta y pelea, ¡Ay, está á tu lado, oh mi tan cara amiga! Mujer sensible, Río Tajo*. Las escenas á que se refieren estas canciones, ú otras análogas, se convirtieron en motivos decorativos de los relojes, señal incontestable de popularidad, disputando de día en día el puesto, en tan honrosa industria, á las alegorías mitológicas. Es esto una Edad media desleída é insulsa, conforme con la tradición que se conservó, á través de las generaciones, por los relatos de la *Biblioteca azul* (2). Pero la Edad media que se presenta en 1830, ¿es siempre verdadera? Por otra parte, los poemas de Ossian, que ya hemos citado en más de una ocasión, ¿no presentaron á la admiración del público escenas tan artísticamente salvajes como las más terribles composiciones de *La leyenda de los siglos* ó de los *Poemas bárbaros*? Verdad es que ninguna heroína de Víctor Hugo ha sido tan popular como Malvina. Sin embargo, aunque los cascos con que Ingres calzó á sus guerreros en el *Sueño de Ossian* sean bastante raros para dejar satisfechos á los fanáticos de *Hernani*, se ha de reconocer que los románticos se preocupaban mucho más por el colorido local. ¿Pero de quién lo habían tomado? De los clásicos de la escuela del Imperio, que en la pintura y

(1) Sin embargo, aun en el arte, renació el estudio serio y digno de elogio de la Edad media, como lo prueban las obras de SEROUX DE AGINCOURT en varias partes, y principalmente EMERICO DAVID (véase más adelante capítulo X). Debemos agregar que Napoleón tenía el proyecto de fundar una *Escuela de Manuscritos*, destinada al estudio de los monumentos de la historia nacional.

(2) No nos es posible prescindir de indicar aquí el discreto papel, más importante de lo que á primera vista parece, de esta publicación, que conserva siempre bastante popularidad y gracias á la cual el público acogió con menor sorpresa las novedades literarias de la restauración.

en el teatro trataron de reproducir hasta los más nimios detalles de la antigüedad greco-romana (1). Los románticos llevaron únicamente su preocupación á determinadas épocas.

Las obras literarias, particularmente las destinadas al teatro, desde Voltaire, tomaron muchos asuntos de la historia nacional. El género literario en el cual la nueva escuela demostró más pretensiones de novedad, el drama romántico, no salió del drama popular de Gilberto de Pixerecourt y de sus discípulos. Tampoco, mientras la tragedia dominó oficialmente en el teatro nacional, aparecieron en otros teatros, ya con argumento histórico, ya de la vida usual, otras obras dramáticas desconocidas en la literatura francesa. No hablamos ahora del valor de las obras, pero en definitiva estos dramaturgos olvidados esbozaron el cuadro que Víctor Hugo y Alejandro Dumas llenaron después de un modo insuficiente.

Si prescindiendo del aspecto exterior de las cosas penetramos en su interior, si vamos hasta el mundo de las pasiones y de las ideas verdaderamente humanas que constituyeron el fondo y la fuerza durable del romanticismo, no es realmente entonces, cuando, por medio de Chateaubriand, el sentimiento religioso y la inspiración cristiana informaron las obras de imaginación y la crítica, y supieron defender su derecho al lado de las formas mitológicas. No es tampoco entonces cuando la melancolía, llevada hasta la desesperación ó hasta el pesimismo, comenzó á invadir la literatura francesa (2). No es entonces cuando el amor se transformó, y entre las pruebas que le obligan á juzgarse y á conocerse, cesó de ser la unión de dos fantasías exaltadas ó la prueba de los cambios sociales para convertirse en un sentimiento serio, que pone en juego todas las potencias del ser. Bertin y Parny no hubieran obtenido en 1810 los triunfos que obtuvieron con sus obras á fines del siglo anterior; triunfaron J. J. Rous-

(1) La reforma de Talma no encontró opositores y la aplicó igualmente á las obras de asunto moderno. Véase el retrato del gran trágico, en el papel de Bayardo, en el *foyer* de los artistas del teatro Francés.

(2) El mismo Delille había ya dicho:  
Loin du monde léger, venez donc, à nos pleurs,  
Venez associer les bois, les eaux, les fleurs (\*).

(\*) «Lejos del vano mundo, venid, pues, á mi llanto, —venid á asociaros, bosques aguas y flores.»

seau y la *Nueva Eloisa*. Durante el Directorio, Bonaparte, en sus cartas á Josefina, expuso ya una pasión violenta y delicada á la par, que penetraba profundamente en el alma, y que no dejó de sorprender bastante á la apreciable criolla, á quien su primer marido no había acostumbrado á semejante lenguaje; Bonaparte le pareció singular. Lo que sorprendió á Josefina, cesó muy pronto de parecer extraño. La correspondencia privada del Consulado y del Imperio nos permite apreciar, dice, con razón, M. Bertin (*La sociedad en el Consulado y en el Imperio*), acentos que el siglo XVIII no había conocido, y agrega: «El espíritu escéptico, ligero y sensual de la edad anterior, no en vano ha atravesado las crisis que han trastornado el mundo antiguo. Madama Beaumont y madama Custine viven y mueren de un amor que habría causado sorpresa y tal vez risa á sus abuelos.»

En fin, consignemos que la misma personalidad de Napoleón que tan vivamente obró sobre las imaginaciones y en la que se resumen las glorias y las desgracias de la patria, fué uno de los fautores principales del romanticismo (1).

(1) Puédese insistir particularmente sobre Nepomuceno Lemercier y Creuzé de Lesser. El primero preparó á fines del Imperio su singular *Panhypocrisiade*, poema histórico y fantástico, trágico y burlesco, sobre la época de Francisco I; obra que por el carácter del asunto, por sus defectos y bellezas, y particularmente por sus defectos, anuncia la *Leyenda de los siglos*. La *Panhypocrisiade* se publicó en 1819, año en que se expuso el cuadro de Gericault, *Le radeau de la Méduse*, y en el que apareció la primera edición de las poesías de Andrés Chénier. En la época del Consulado y del Imperio, Creuzé de Lesser celebró la *Tabla redonda*, con Tristán é Isolda, Lancelote del Lago, el Santo Graal, etc. La forma nada tiene de original: su verso corto, fácil y juguetón, se parece más al de Ariosto ó al de los cuentos de Voltaire que al de las canciones de gesta, con poca grandiosidad y efecto. Pero Creuzé de Lesser demuestra su firme intención de rehabilitar la Edad media, y no es realmente un sencillo capricho de poeta el que le indujo á consagrarse á tal asunto. Con un estilo más pretencioso, exponiendo las ideas de un modo más agresivo y más pesado, con juicios formulados con un tono más decidido y desdeñoso, su prefacio de la edición de 1811 constituiría un verdadero manifiesto. «Las tradiciones populares, dice, son el tesoro de los poetas.» Reconoce que la mitología griega tiene, como sus dioses, una eterna juventud, que siempre prestará á la poesía sus más ricos colores. «Pero, añade, me parece que la caballería, con el atractivo que la rodea, y principalmente con la religión que la embellece, es algo de la mitología, y tan variada como la de los antiguos, no es menos seductora: aquellos caballeros desfacedores de entuertos, aquellas damas recatadas, aquellos retirados asilos de la desgracia, y algunas veces del placer; aquellos nobles á los pies de un ermitaño, la mezcla de religión y de ternura, de razón y de locura, aquellos milagros del heroísmo con las debilidades de la humanidad, todo, en fin, en este orden de ideas, satisface al espíritu, sonríe á la imaginación; y como la época caballerescas, á pesar de sus desórdenes, valía en verdad mucho más que los tiempos heroicos, su pintura ofrece casi siempre sentimientos más nobles y delicados.» Demuestra después la inferioridad del amor antiguo comparado con el amor tal como lo

Toujours lui, lui partout, ou brûlante ou glacée,  
Son image sans cesse ébranle ma pensée (1).

En resumen, la literatura francesa atravesaba un período de nansición. Hay, empero, un género en el cual adquirió un brillo que no había tenido nunca y que ninguna nación se ha atrevido á disputarle la palma; es éste la elocuencia militar.

«NAPOLEÓN, dice Cormenin (*El libro de los Oradores*, publicado bajo el pseudónimo de Timón), ha sido el primer orador militar de los tiempos modernos, como ha sido también el primer capitán del siglo. En sus *proclamas, boletines y órdenes del día* se encuentra el espíritu militar, el arte del orador y el sentido profundo y sutil del político. No es sólo un general el que habla, no es únicamente un monarca, no es tampoco un hombre de Estado, es todo á la vez.» Napoleón en su destierro debía referir una parte de sus campañas, así como las de los grandes capitanes que le habían precedido, César, Turena y Federico, y sus obras hitóricas bastarían para hacerle célebre. Pero aun durante su poder ocupó un lugar en la literatura de su tiempo y en ella también este lugar fué el primero.

concebía la Edad media. «Desde este respecto, la caballería, obra maestra de la Edad media, es el punto de partida de una época mejor para el género humano.» Sin duda un verdadero romántico podrá criticar á Creuzé de Lesser la concesión que hace á la mitología, pero puede perdonársele en gracia á la manera que tiene de apreciar y de exponer estas antítesis del sentimiento de los tiempos medioevales, en las que Víctor Hugo inspirara su sistema teatral.

(1) «Siempre él, él en todas partes, y ardiente ó helada,—su imagen conmueve continuamente mi pensamiento.»